

# La universidad en su laberinto

The university on its crossroad



Alejandro Ochoa

La universidad es la ambiciosa tarea de procurar conjugar en el seno de una institución, las miradas diversas y divergentes que buscan desentrañar el orden que rige al mundo. Dicho de este modo, se puede caer en la tentación de que el orden es uno e inequívoco. Pero a esta altura de la historia de la humanidad y del pensamiento, es evidente que no se trata de un orden y mucho menos, divino. Se trata de poner sobre la mesa de debate las distintas explicaciones que hacemos del mundo para someterlas a severo y abierto escrutinio.

Lo de abierto tiene una connotación que va más allá de público porque se hace frente a otros. Es abierto porque se puede acceder a ese debate sin mayores restricciones que contemplar las condiciones mínimas de una práctica universitaria. Pero, ¿qué es la mínima práctica universitaria?

La mínima práctica universitaria implica el reconocimiento del otro. Sólo porque es necesaria la persuasión de los otros y la validez que supone que otros arriben a la misma conclusión, es que el conocimiento se valida, se hace sistemático y se constituye en práctica social sobre la cual parece que la única condición válida es el uso de la razón y el conocimiento disciplinario. Pero, incluso este último puede ser puesto bajo escrutinio si la duda sostenida y razonada demanda a la disciplina probar su verdad incluso ante los menos ilustrados.

La universidad del presente en el mundo y muy especialmente en Venezuela, se encuentra en un trance casi cómico, si no fuera una tragedia que el Alma Mater le dé la espalda a sus hijos. No hablamos de los hijos circunstanciales que van a formarse en ella. No. Nos referimos a los hijos que históricamente la universidad parece haber dejado en condiciones de orfandad tal que los convierten en asesinos de su propia madre y de la patria, esa figura maternal derivada de la patria para referirnos a ella cuando asume con ternura la carencia y torpezas de sus hijos.

La universidad ha optado por denunciar el autoritarismo y la dictadura inexistentes del gobierno nacional para ocultar sus trajes ajados o, acaso más simples, su desnudez innegable ante las preguntas que parecen brotar del seno de un país que despierta. ¿Dónde estaban las universidades para aportar conocimiento para emanciparnos de la desidia, la indiferencia y la exclusión de miles de venezolanos? ¿Dónde estuvieron cuando se quiso quebrar a la industria del petróleo? ¿Dónde se escucharon sus voces cuando se les pidió ayuda para pensar al país? Incluso, ¿dónde estaban sus debates, estudios y propuestas cuando se aprobó una mala ley de educación universitaria? ¿Dónde está ese debate ahora?

Pero el retrato de esta universidad empeñada en andar de espaldas al país, se hace más inquietante cuando se anda dentro de ella. La universidad se revela laberíntica, sórdida y además sorda. Su sordera le impide escuchar lo que le acaece, empeñada en ser voz de un tiempo ya pasado. Dice enfrentar el autoritarismo pero lo práctica de forma rampante en su interior. Violenta su propia autonomía en defensa de una autonomía frente al Estado y se olvida que quizás, tan importante como defenderse del gobierno si es el caso, lo es más aún enfrentar los poderes fácticos de las transnacionales que le dicen qué medicamentos usar, qué software adquirir e incluso cuáles derechos defender y cuáles negociar. Llegados al extremo de reconocer como excelsa una conducta mediocre por simple afinidad partidista, no dudan en execrar y exponer al escarnio a quien ha sido diligente en la procura de la verdad por una simple diferencia política.

La práctica universitaria de lo único que puede ser militante es de la búsqueda de la verdad. Allí, ni una universidad de la apología o del revanchismo deberían tener cabida en el ejercicio de la autonomía universitaria que tiene una otra cara: la responsabilidad universitaria. Una práctica disfrutará de bondades porque es responsable. La responsabilidad de la uni-

versidad es la procura de la verdad, no su entronización. Allí, la universidad perdió la posibilidad de ser el lugar del encuentro difícil pero posible de los mundos diversos que se conjugaron en Venezuela durante poco más de un siglo de explotación petrolera que nos dejó entre otras cosas, la cultura del petróleo y, en sus universidades, vaya paradoja terrible, sus mejores protectoras.

Para que la universidad no se pierda en este laberinto de múltiples dimensiones deberá dar un paso sencillo pero colosal: reconocer que está en condiciones de penuria por sus propias incoherencias e insuficiencias. De allí, será entonces posible el camino del continuo retorno a la búsqueda de la verdad. Sólo así, podrá volver a ganar la condición de Alma Mater de

la humanidad. Lo escrito para la universidad venezolana es extensivo a todo el concepto de universidad en el mundo. Algo debe andar muy mal cuando la especie que se precia del conocimiento como su marca distintiva (Homo Sapiens) deja que el saber sea presa del precio y del mercado.

A tiempo. Podría la universidad comenzar su tránsito hacia una nueva relación con el mundo, si por lo menos reconociera que forma y fondo en la universidad, son igualmente apreciados. Ser testigos de una universidad que cumple años y otorga su aula bicentenario para el palangre voraz de los medios, es realmente una dura prueba para el espíritu universitario que late débil entre pocos. Pero late. ©

